

LA SOMBRA DEL PROFEROR ORLANDO GONZÁLEZ

Carlos Fernández

Todos tenemos un profesor en nuestra vida. Estudié los dos cursos del Bachillerato Superior en el Liceo “Virgen de la Barca” de Navia. Allí fui alumno de Eugenio Orlando González. Su magisterio no se limitó a las asignaturas de Ciencias Naturales e Historia del Arte que nos explicó en cada uno de esos cursos. Fue bastante más que eso. Nos enseñó a interesarnos por cosas en las que antes no habíamos reparado y a caer en la cuenta de que hechos que parecían inconexos no lo estaban en modo alguno y que era importante estudiar para conocer esas interconexiones.

Pero incluso antes que todo esto su personalidad resultaba atractiva por otras razones. Su trato con los alumnos era siempre respetuoso y atento, en un momento en que persistían hábitos en la docencia que hoy resultarían intolerables. Por otro lado, la pasión que ponía en el aula a la hora de explicar la materia era contagiosa. No cabe duda de que amaba su profesión y disfrutaba compartiendo con nosotros sus conocimientos. Esto le llevó a introducir en la clase recursos novedosos desde el punto de vista dicáctico que hoy podemos considerar obvios pero que hace cincuenta años resultaban realmente revolucionarios. Pondré apenas dos ejemplos de ello.

Muchos saben que Orlando se desplazaba habitualmente en bicicleta. Cuando llegaba a clase, siempre puntual, a veces traía en el portabultos un pequeño tocadiscos. Lo utilizaba en clase de Inglés para trabajar con los alumnos. Aquellos que cursábamos Francés podíamos escuchar a través de las paredes la canción que sonaba en el aula de al lado, que no era otra que “Bridge over troubled water” de Simon y Garfunkel, una canción memorable que seguimos escuchando tantos años después.

En la clase de Historia del Arte, en sexto curso, manejábamos el manual escrito por María Comas, titulado “Historia del Arte y de la Cultura”. Conservo el libro y compruebo que su denso texto se acompañaba de unas modestas fotografías en blanco y negro. Pero justo en ese momento se estaba publicando en fascículos semanales la Enciclopedia de la Historia del Arte, de la editorial Salvat. Orlando llevaba a clase cada semana el fascículo correspondiente y así pudimos ver por primera vez en color las obras de los grandes artistas del Renacimiento italiano o del Barroco holandés. Hay que imaginarlo: fue aquel un momento fascinante para mí, hasta el punto de que me pregunté qué había que hacer para estudiar todo aquello. Tras hacer el COU me matriculé en la facultad de Filosofía y Letras de Oviedo y me licencié en la especialidad de Historia del Arte.

No quiero que esto se vea como un ejercicio de nostalgia. No lo es. Simplemente quiero dejar constancia de que nuestro profesor estaba atento a lo que ocurría en la calle y lo incorporaba al aula, en su labor diaria con nosotros. Alguien dijo que los profesores trabajan para la eternidad, en el sentido de que nadie, ni siquiera ellos mismos, conocen el alcance de su trabajo. La sombra de algunos es alargada. La de Eugenio Orlando González sigue protegiéndonos medio siglo más tarde.